

Lauren Weisberger



La
venganza
viste
de Prada

LA CONTINUACIÓN DEL BESTSELLER

EL DIABLO VISTE DE PRADA

LAUREN WEISBERGER

LA VENGANZA
VISTE DE PRADA

Traducción de
Montse Triviño

 Planeta

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Revenge wears Prada*

© Lauren Weisberger, 2013

© por la traducción, Montse Triviño, 2014

© Editorial Planeta, S. A., 2014

Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: junio de 2014

Depósito legal: B. 9.488-2014

ISBN 978-84-08-12894-6

ISBN 978-1-4391-3663-8, Simon & Schuster, Nueva York, edición original

Composición: Fotocomposición gama, sl

Impresión y encuadernación: Gráficas Estella, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

1

Mientras viviera

Caía una cortina inclinada de agua, gélida e implacable, y el viento soplaba en todas las direcciones posibles, con lo que volvía prácticamente inútiles los paraguas, los chubasqueros y las botas de agua. No obstante, tampoco era que Andy dispusiera de ninguno de esos artículos. Su paraguas Burberry de doscientos dólares se había negado a abrirse y, al intentar forzarlo, se había roto. La chaqueta de pelo de conejo, provista de un cuello extragrande pero no de capucha, le ceñía espectacularmente la cintura, si bien no servía de mucho a la hora de protegerla de aquel frío que se metía en los huesos. Los flamantes zapatos de ante y tacón de aguja, de Prada, le daban un aire alegre con su tono fucsia, pero le dejaban casi todo el pie descubierto. Y en cuanto a los ajustados *leggings* de cuero, el gélido viento los volvía tan efectivos como unas medias de seda, por lo que tenía la sensación de no llevar nada en las piernas. Los treinta y cinco centímetros de nieve que cubrían Nueva York ya habían empezado a convertirse en una masa gris semiderretida y, por enésima vez, Andy deseó vivir en cualquier lugar menos en aquella ciudad.

Como si quisiera subrayar esa idea, un taxista pasó disparado por un semáforo en ámbar y le tocó el claxon, pues Andy había cometido el gravísimo delito de intentar cruzar la calle. Reprimió el impulso de hacerle un gesto obsceno con el dedo —últimamente, todo el mundo parecía ir armado—, y se limitó a apretar los dientes y a lanzarle mentalmente toda clase de improperios. Teniendo en cuenta la altura de los tacones que llevaba, consiguió desplazarse a una velocidad aceptable a lo largo de las dos o tres manzanas siguientes: la calle Cincuenta

y dos, la Cincuenta y tres, la Cincuenta y cuatro... Ya no faltaba mucho y, por lo menos, dispondría de unos momentos para entrar en calor antes de tener que volver corriendo a la oficina. Se consolaba pensando en un café bien calentito y, quizá, una galleta con trocitos de chocolate cuando de repente, en algún lugar, oyó *aquel* tono de teléfono.

¿De dónde procedía? Echó un vistazo a su alrededor, pero los demás transeúntes no parecían oír los timbrazos, que cada vez resultaban más estridentes. ¡Riiiiiiing! ¡Riiiiiiing! Aquel tono de llamada. Sería capaz de reconocerlo en cualquier parte del mundo mientras viviera, aunque en realidad le sorprendía que todavía se fabricaran teléfonos que sonaran así. Hacía muchísimo tiempo que no lo oía y, sin embargo..., los recuerdos volvieron atropelladamente. Antes de coger el teléfono que llevaba en el bolso ya sabía lo que se iba a encontrar, pero de todos modos se quedó de piedra al ver el nombre que aparecía en la pantalla: MIRANDA PRIESTLY.

No pensaba contestar. No podía. Cogió aire con fuerza, pulsó la tecla «Ignorar» y volvió a guardar el teléfono en el bolso. Casi de inmediato, empezó a sonar de nuevo. Andy se dio cuenta de que se le había acelerado el corazón y de que cada vez le costaba más y más llenar de aire los pulmones. «Inspira, espira —se dijo al tiempo que bajaba la barbilla para proteger el rostro de una lluvia que ya era literalmente un aguacero—, y sigue andando.» Se hallaba apenas a dos manzanas del restaurante —lo veía a lo lejos, iluminado como una cálida y reluciente promesa— cuando una ráfaga especialmente malvada la empujó con fuerza hacia adelante, lo que le hizo perder el equilibrio y meterse directamente en uno de los peores lugares del invierno neoyorquino: un charco negruzco y fangoso de suciedad, agua, sal, porquería y quién sabía qué más, tan repugnante, gélido y asombrosamente profundo que no se podía hacer nada excepto resignarse.

Y eso fue justo lo que hizo Andy allí mismo, en mitad de aquella charca infernal que se había formado entre la calzada y el bordillo. Se quedó plantada como un flamenco, manteniendo grácilmente el equi-

librio sobre el pie sumergido y sosteniendo el otro a una considerable altura por encima del lodo inmundo. Y así permaneció unos treinta o cuarenta segundos, mientras sopesaba las opciones. Los demás transeúntes daban un rodeo para esquivarla a ella y al pequeño lago fangoso, y sólo los que llevaban botas de agua hasta la rodilla se atrevían a cruzarlo por el centro. Pero nadie le tendió una mano y, al darse cuenta de que el charco era lo bastante amplio en todas direcciones como para que le resultara imposible salir de él de un solo salto, se preparó para recibir otra gélida impresión y colocó el pie izquierdo junto al derecho. El agua helada le subió rápidamente por los tobillos y se detuvo más o menos en la parte baja de la pantorrilla, cubriendo así ambos zapatos fucsia y unos diez centímetros de *leggings* de cuero. Andy tuvo que hacer un esfuerzo para no echarse a llorar.

Los zapatos y los *leggings* estaban para tirar, y tenía los pies prácticamente congelados. Para poder salir de aquel lodo inmundo no le quedaba más remedio que seguir caminando. Y, por si todo eso no fuera bastante, no podía dejar de pensar lo siguiente: «Esto es lo que te pasa por no cogerle el teléfono a Miranda Priestly».

Sin embargo, no tuvo tiempo de regodearse en su desgracia, porque nada más alcanzar el bordillo y detenerse un instante para calcular los daños, el teléfono volvió a sonar. Había demostrado agallas —qué coño agallas, temeridad más bien— al ignorar la primera llamada, pero no podía volver a hacerlo. Chorreando, temblando y al borde de las lágrimas, tocó la pantalla y contestó.

—¿An-dre-aaa? ¿Eres tú? Te has marchado hace una eternidad. Te lo preguntaré sólo una vez: ¿dónde-está-mi-comida? No pienso tolerar que me hagan esperar de esta manera.

«Pues claro que soy yo —pensó ella—. Has marcado mi número, ¿no? ¿Quién quieres que te conteste?»

—Lo siento muchísimo, Miranda. Pero es que hace un tiempo de mil demonios y estoy intentando...

—Espero que vuelvas inmediatamente. Es todo.

Y, antes de que Andy pudiera decir una sola palabra más, se cortó la comunicación.

Daba igual que el agua que se le había metido en los zapatos le chapoteara asquerosamente entre los dedos, daba igual que ya le hubiera resultado lo bastante difícil caminar con aquellos tacones cuando aún tenía los pies secos, y también daba igual que las aceras estuvieran cada vez más resbaladizas a medida que el agua de lluvia se iba congelando: Andy echó a correr. Recorrió la primera manzana todo lo deprisa que pudo y ya sólo le quedaba una más cuando oyó que alguien la llamaba por su nombre.

—¡Andy! ¡Andy, para! ¡No corras tanto!

Habría sido capaz de reconocer aquella voz en cualquier parte, pero... ¿qué estaba haciendo Max allí? Ese fin de semana estaba fuera, en algún lugar del norte del estado, por motivos que no acertaba a recordar. ¿No era él? Se detuvo y giró en redondo, buscándolo.

—¡Aquí, Andy!

Y entonces lo vio. Su prometido —aquel hombre de facciones duras y atractivas, grueso pelo negro y ojos verdes de penetrante mirada— estaba sentado a horcajadas sobre un descomunal caballo blanco. A Andy no le entusiasmaban especialmente los caballos desde que, en segundo curso, se había caído de uno de ellos y se había roto la muñeca derecha, pero ese ejemplar se le antojó bastante cordial. Qué más daba que Max hubiera aparecido a lomos de un caballo blanco en pleno Manhattan, en mitad de una ventisca: se alegraba tanto de verlo que ni siquiera se paró a considerar los detalles.

Max desmontó con la habilidad de un experimentado jinete mientras ella trataba de recordar si alguna vez le había comentado que jugaba a polo. En apenas tres zancadas se plantó a su lado y la envolvió en el abrazo más tierno y cálido que pudiera imaginar. Andy se abandonó a sus brazos y relajó todo el cuerpo.

—Mi pobre niña —murmuró él, sin prestar la menor atención ni al caballo ni a los transeúntes que los observaban—. Debes de estar muerta de frío.

En ese momento sonó entre ambos el timbrado de un teléfono —aquel timbrado—, y Andy se apresuró a contestar.

—¡An-dre-aaa! No sé qué parte de «inmediatamente» no has entendido, pero...

Empezó a temblar de pies a cabeza cuando la voz chillona de Miranda le taladró el oído. Sin embargo, antes de que pudiera mover ni un solo músculo, Max le arrebató el teléfono de entre los dedos, tocó la opción «Finalizar llamada» en la pantalla y luego arrojó el aparato, con una puntería perfecta, al centro del charco que poco antes se había tragado los pies de Andy.

—Ya no tienes nada que ver con ella —dijo Max al tiempo que le echaba sobre los hombros un edredón de plumas.

—Ay, Señor... Max, ¿por qué has hecho eso? ¡Es tardísimo! Ni siquiera he llegado aún al restaurante y Miranda me va a matar si no estoy de vuelta con su comida dentro de...

—Chsss —dijo él rozando sus labios con dos dedos—. Ahora estás a salvo. Estás conmigo.

—Pero ya es la una y diez, y si no le...

Max colocó entonces ambas manos bajo los brazos de ella y la levantó sin apenas esfuerzo, para después sentarla de lado a lomos del caballo blanco, cuyo nombre era *Bandit*, según él.

Asombrada, guardó silencio mientras él le quitaba los empapados zapatos y los arrojaba hacia el bordillo. De su petate —el mismo que llevaba siempre a todas partes— sacó las zapatillas preferidas de Andy, las botas con el interior de piel de borreguito, y se las colocó en los pies fríos y enrojecidos. Luego le puso el edredón de plumas sobre el regazo, se quitó la bufanda de cachemira y se la colocó a su chica en torno al cuello y la cabeza. Por último, le ofreció un termo de chocolate negro caliente que, según dijo, había encargado especialmente para ella. Era el que más le gustaba. Y a continuación, con un movimiento tan ágil como espectacular, subió al caballo y cogió las riendas. Antes de que Andy tuviera tiempo de decir nada, empezaron a avanzar a buen trote por la Séptima Avenida, mientras la escolta policial que los precedía les iba abriendo paso entre el tráfico y los transeúntes.

Qué alivio estar calentita y sentirse querida... Aun así, no conse-

guía librarse del pánico que le producía no haber completado una tarea asignada por Miranda. La echarían a la calle, de eso estaba segura, pero... ¿y si ocurría algo peor? ¿Y si Miranda se ponía tan furibunda que recurría a sus ilimitados contactos para asegurarse de que Andy jamás volviera a encontrar trabajo? ¿Y si decidía darle a su asistente una lección y mostrarle lo que ocurría cuando alguien se atrevía a dejar plantada —y no una, sino dos veces— a Miranda Priestly?

—¡Tengo que volver! —le gritó al viento justo cuando el trote se convertía en galope—. ¡Max, da media vuelta y déjame volver! No puedo...

—¡Andy! ¿Me oyes, mi vida? ¡Andy!

Abrió los ojos. Lo único que notaba era el latido de su propio corazón, desbocado en el pecho.

—No pasa nada, nena. Estás a salvo. Sólo era un sueño. Y, por la cara que pones, debe de haber sido espantoso —dijo Max con voz suave mientras le apoyaba una fría mano en la mejilla.

Ella se incorporó y vio la luz matutina del sol, que se colaba por la ventana de la habitación. Ni nieve, ni aguanieve ni caballo. Estaba descalza, pero notaba los pies calentitos bajo las sedosas sábanas; a su lado, el cuerpo de Max se le antojaba fuerte y protector. Cogió aire con fuerza y aspiró su olor: su aliento, su piel, su pelo...

Sólo había sido un sueño.

Echó un vistazo al dormitorio. Aún estaba medio adormilada, confusa tras haberse despertado a una hora que no era la habitual... ¿Dónde estaban? ¿Qué ocurría? Le bastó una ojeada a la puerta, de la que colgaba un preciosísimo vestido recién planchado de Monique Lhuillier, para recordar que aquella habitación desconocida era en realidad una suite nupcial —la suya—, y que ella era la novia. ¡La novia! Experimentó un subidón de adrenalina que la obligó a sentarse de golpe en la cama, tan deprisa que Max se sobresaltó.

—¿Qué estabas soñando, nena? Espero que no tuviera que ver con el día de hoy.

—En absoluto. Sólo eran fantasmas del pasado. —Se acercó a él y

lo besó mientras su perrito *Stanley*, un bichón maltés, se acurrucaba entre ambos—. ¿Qué hora es? Un momento..., ¿qué estás haciendo tú aquí?

Max le dedicó aquella sonrisita páfida que a ella tanto le gustaba y se levantó de la cama. Y, como siempre, Andy no pudo dejar de admirar los anchos hombros y el vientre liso de su prometido. Tenía el cuerpo de un chaval de veinticinco años, pero mejorado: no excesivamente duro ni musculado, sino firme y atlético.

—Son las seis. He llegado hace un par de horas —dijo poniéndose los pantalones de un pijama de franela—. Es que me sentía solo.

—Bueno, pues será mejor que te marches de aquí antes de que te descubra alguien. Tu madre está empeñada en que no nos veamos antes de la boda.

Max la obligó entonces a levantarse de la cama y la rodeó con ambos brazos.

—Pues no se lo digas. Pero es que no podía pasarme todo el día sin verte.

Ella fingió estar enfadada, pero en realidad le alegraba que Max se hubiera colado en su habitación para unas cuantas carantoñas rápidas, sobre todo a la luz de la pesadilla que acababa de tener.

—Vale —dijo con un suspiro teatral—. Pero vuelve a tu habitación sin que te vea nadie. Yo voy a sacar a *Stanley* antes de que nos invada la horda.

Max empujó las caderas hacia adelante.

—Aún es pronto. Si nos damos prisa, podemos...

Ella se echó a reír.

—¡Largo!

Él la besó de nuevo, esta vez con ternura, y salió de la suite.

Andy cogió entonces a *Stanley* en brazos y le dio un beso en todo el hocico.

—¡Vamos, *Stan!*

El perro ladró entusiasmado mientras intentaba zafarse de su dueña, y ella tuvo que soltarlo para que no le hiciera trizas los brazos con las uñas. Durante unos maravillosos aunque breves segundos ha-

bía conseguido olvidar el sueño, pero de repente la asaltó de nuevo con todo lujo de detalles. Andy respiró hondo y se impuso su lado práctico: los nervios del día de la boda. La típica pesadilla fruto de la ansiedad. Nada más. Y nada menos.

Pidió el desayuno al servicio de habitaciones y le dio a *Stanley* trocitos de huevos revueltos con tostada, mientras devolvía las llamadas históricas de su madre, de su hermana, de Lily y de Emily, todas las cuales ardían en deseos de que empezara a prepararse. Después le puso la correa a *Stanley* para salir a dar un paseo rápido y respirar el aire fresco del mes de octubre, antes de que el día se le complicara. Le daba un poco de vergüenza ponerse el chándal de toalla que le habían regalado en su despedida de soltera porque en el culo llevaba estampada la leyenda «NOVIA» en letras de color rosa chillón pero, al mismo tiempo, se sentía secretamente orgullosa. Se recogió el pelo bajo una gorra de béisbol, se ató los cordones de las zapatillas deportivas, se subió la cremallera de un forro polar de la marca Patagonia y, milagrosamente, consiguió llegar a los inmensos prados de la finca Astor Courts sin cruzarse con ningún otro ser vivo. *Stanley* correteaba tan alegremente como le permitían sus cortas patas, y condujo a Andy hasta la franja de árboles —cuyas hojas ya habían empezado a teñirse de rabiosos tonos otoñales— que delimitaba la finca. Pasearon durante casi media hora, tiempo suficiente, desde luego, para que todo el mundo empezara a preguntarse dónde se habría metido. Aunque el aire de la mañana resultaba fresco, las sinuosas laderas de la hacienda eran una maravilla y Andy comenzaba a sentir el vértigo propio del día de la boda, no conseguía desterrar de su mente la imagen de Miranda Priestly.

¿Cómo era posible que aquella mujer siguiera acosándola? Habían transcurrido casi diez años desde que se había largado de París y había dado por terminada su desalentadora época como asistente de Miranda en *Runway*. Había madurado mucho desde aquel terrorífico año, ¿no? Todo había cambiado, y para bien: tras un primer período de colaboraciones, después de su paso por *Runway*, había conseguido un puesto como redactora *free-lance* en un blog de bo-

das, *Happily Ever After*. Unos cuantos años y unas cuantas decenas de miles de palabras más tarde, había conseguido lanzar su propia revista, *The Plunge*, una sofisticada publicación en papel cuché que ya llevaba tres años en el mercado y que, pese a todas las predicciones que apuntaban en sentido contrario, arrojaba beneficios. *The Plunge* había sido nominada para distintos galardones, con lo que los anunciantes estaban entusiasmados. Y ahora, una vez alcanzado el éxito profesional, ¡Andy estaba a punto de casarse! Y con Max Harrison, hijo del difunto Robert Harrison y nieto del legendario Robert Harrison, fundador este último del grupo Harrison Publishing Holdings en los años posteriores a la Gran Depresión, después convertido en Harrison Media Holdings, una de las empresas más prestigiosas y rentables de Estados Unidos. Max Harrison, un joven que ya llevaba mucho tiempo en el circuito de los solteros más cotizados, un joven que había salido con los equivalentes neoyorquinos de Tinsley Mortimer y Amanda Hearst, y puede que también con todas sus hermanas, primas y amigas... Ése era su prometido. Al enlace de aquella tarde asistirían alcaldes y magnates de los negocios, ansiosos de felicitar al joven vástago y a su flamante esposa. Pero... ¿qué era lo mejor de todo? Que amaba a Max. Era su mejor amigo. Estaba loco por ella, la hacía reír y admiraba su trabajo. ¿Acaso no era cierto que los hombres de Nueva York no estaban preparados hasta que estaban preparados? Max había empezado a hablar de boda a los pocos meses de haberse conocido. Y tres años después, allí estaban, a punto de casarse. Se reprendió mentalmente por desperdiciar otro segundo pensando en aquel absurdo sueño y regresó con *Stanley* a la suite, donde ya se había congregado un pequeño ejército de mujeres nerviosas y aterrorizadas que se preguntaban si Andy habría decidido huir. Se oyó un suspiro colectivo cuando entró en la habitación, y Nina, la organizadora de la boda, empezó de inmediato a dar órdenes.

Las siguientes horas transcurrieron a toda velocidad: ducha, alisado de pelo, rulos calientes, rímel y suficiente base para corregir la textura de la piel a una adolescente con las hormonas descontroladas.

Una chica le hacía la pedicura mientras otra iba en busca de la ropa interior y una tercera trataba de elegir qué tono de pintalabios era el más adecuado. Antes de que tuviera tiempo de darse cuenta, su hermana Jill ya había desabrochado el vestido de color marfil y, apenas un segundo más tarde, su madre ya le estaba ciñendo el delicado tejido de la espalda y subiéndole la cremallera. La abuela de Andy cloqueó, emocionada. Lily se echó a llorar. Emily se fumó un cigarrillo en el cuarto de baño de la suite nupcial creyendo que nadie se daría cuenta. Andy trató de asimilar todos esos acontecimientos y, de repente, se quedó sola. Durante unos minutos, justo antes del momento en que se esperaba la llegada de la novia al gran salón de baile, las demás mujeres se marcharon para terminar de arreglarse y ella se quedó incómodamente sentada en un mullido sillón antiguo, tratando de no arrugar ni estropear un solo centímetro de su persona. Dentro de apenas una hora sería una mujer casada, estaría unida a Max para el resto de su vida, lo mismo que él a ella. Le resultaba casi inimaginable.

En ese momento sonó el teléfono de la suite. La madre de Max estaba al otro lado de la línea.

—Buenos días, Barbara —dijo Andy lo más cordialmente que pudo.

Barbara Anne Williams Harrison, hija de la Revolución de las Trece Colonias, descendiente no de uno, sino de dos signatarios de la Constitución, y elemento constante en el consejo de todas las fundaciones benéficas con peso social en Manhattan. Con su peinado de Oscar Blandi y sus bailarinas de Chanel, Barbara siempre se mostraba perfectamente cortés con ella. Perfectamente cortés con *todo el mundo*. Pero lo que se dice efusiva, no lo era. Andy intentaba no tomárselo como algo personal, y Max le aseguraba que no eran más que imaginaciones suyas. ¿Habría pensado Barbara, al principio por lo menos, que Andy no era más que otro de los caprichos pasajeros de su hijo? Luego, Andy se había convencido a sí misma de que la amistad de Barbara con Miranda emponzoñaba cualquier esperanza suya de establecer un vínculo afectivo con su suegra. Finalmente, sin embargo, se había dado cuenta de que Barbara era así, una mujer fría-

mente cortés con todo el mundo, hasta con su propia hija. Desde luego, no se imaginaba llamándola «mamá». Y tampoco era que Barbara la hubiera invitado a hacer tal cosa...

—Hola, Andrea. Acabo de darme cuenta de que aún no te he dado el collar. ¡Esta mañana he estado tan ocupada organizándolo todo que incluso he llegado tarde a peinarme y maquillarme! Te llamo para decirte que está en una cajita de terciopelo en la habitación de Max, en el bolsillo lateral de ese infame petate que lleva a todas partes. Es que lo escondí porque no quería que el personal del hotel lo viera por ahí. A lo mejor tú consigues convencerlo para que lleve una bolsa un poco más decente... Sabe Dios que lo he intentado miles de veces, pero es que no hay manera de que...

—Gracias, Barbara, voy a buscarlo ahora mismo.

—¡Ni se te ocurra hacer tal cosa! —exclamó abruptamente la mujer—. No os podéis ver antes de la ceremonia... Trae mala suerte. Envía a tu madre, o a Nina. A quien sea. ¿Entendido?

—Por supuesto —repuso Andy.

Colgó y se dirigió al pasillo. Había aprendido ya hacía algún tiempo que era más fácil decirle que sí a Barbara y luego hacer lo que le diera la gana, pues discutir con ella no servía de nada. Y ése era, precisamente, el motivo de que el día de su boda tuviera que llevar una reliquia de los Harrison como «algo viejo», en lugar de algún objeto de su propia familia. Pero Barbara había insistido: seis generaciones de Harrison habían lucido ese collar en sus bodas, y eso era exactamente lo que harían Max y ella.

La puerta de la habitación de él estaba entreabierta y, al entrar, Andy oyó el ruido de la ducha en el cuarto de baño. «Típico —pensó—. Yo llevo cinco horas arreglándome y él acaba de meterse en la ducha.»

—¿Max? Soy yo, no salgas.

—¿Andy? ¿Qué haces aquí? —dijo él al otro lado de la puerta del cuarto de baño.

—Sólo quiero coger el collar de tu madre. No salgas, ¿vale? No quiero que me veas con el vestido puesto.

Andy rebuscó en el bolsillo delantero del petate. No encontró la cajita de terciopelo, pero sí tocó un papel doblado.

Era una hoja de color crema de papel de carta, gruesa y con las iniciales de Barbara —BHW— grabadas en un monograma azul marino. Sabía que Dempsey & Carroll se mantenía a flote gracias a la ingente cantidad de papel de carta y sobres que Barbara les compraba: llevaba cuatro décadas utilizando el mismo diseño en todas sus felicitaciones de cumpleaños, notas de agradecimiento, invitaciones formales y mensajes de condolencias. Era una mujer tan formal y chapada a la antigua que habría preferido morir antes que enviarle a alguien un vulgar correo electrónico o —¡qué horror!— un mensaje de texto. Por tanto, era perfectamente lógico que, el día de su boda, le enviara a su hijo una tradicional carta escrita a mano. Andy estaba a punto de volver a doblarla para dejarla en su sitio cuando vio su nombre escrito. Antes de pararse a pensar en lo que estaba haciendo, empezó a leer:

Querido Maxwell:

Aunque sabes muy bien que hago todo lo posible por no inmiscuirme en tu vida, no puedo seguir callando en un asunto tan trascendental. Ya te he comentado mis inquietudes con anterioridad, y tú siempre has prometido tomarlas en consideración. Ahora, sin embargo, y debido a la inminencia de tu boda, tengo la sensación de que ya no puedo esperar más para decirte abiertamente y sin rodeos lo que pienso: te lo ruego, Maxwell, no te cases con Andrea.

No me malinterpretes. Andrea es muy agradable y algún día, sin duda, será una esposa encantadora. Pero tú, mi querido hijo, ¡te mereces mucho más! Debes casarte con una joven de una familia como Dios manda, no con una chica procedente de una familia rota, una chica que sólo ha conocido penas y divorcios. Una joven que entienda nuestras tradiciones y nuestra forma de ver la vida. Alguien que guíe el buen nombre de los Harrison hacia la siguiente generación. Y, lo más importante de todo, una compañera dispuesta a anteponerse a ti y a vuestros hijos y renunciar a sus egoístas aspiraciones profesionales.

Quiero que pienses muy bien en lo que te voy a decir: ¿deseas que tu esposa se dedique a editar revistas y a viajar por trabajo, o prefieres más bien a alguien que anteponga a los demás y comulgue con los intereses filantrópicos del linaje de los Harrison? ¿Acaso no deseas una compañera que se preocupe más de cuidar a su familia que de perseguir sus propias ambiciones?

Ya te dije que tu inesperado encuentro con Katherine en las Bermudas era una señal. ¡Ah, qué contento parecías de haberla visto! Por favor, no descartes esos sentimientos. Aún no hay nada decidido, no es demasiado tarde. Es obvio que siempre has querido a Katherine, y es más obvio aún que sería una excelente compañera para toda la vida.

Siempre me siento muy orgullosa de ti. Sé que tu padre vela por nosotros desde allí arriba y te ayudará a tomar la decisión correcta.

Con todo el cariño,

TU MADRE

De pronto se percató de que Max había cerrado ya el grifo y, sobresaltada, dejó caer la carta al suelo. Cuando se agachó rápidamente para recogerla, se dio cuenta de que le temblaban las manos.

—¿Andy? ¿Sigues ahí? —preguntó él al otro lado de la puerta.

—Sí, estoy... Espera, ya me marchó —consiguió decir.

—¿Lo has encontrado?

Ella guardó silencio, sin saber muy bien qué responder. Por un momento le pareció que alguien había extraído todo el oxígeno de la habitación.

—Sí.

Se oyó ruido de pasos en el baño y luego Max abrió el grifo del lavabo y volvió a cerrarlo.

—¿Ya te has marchado? Tengo que salir a vestirme.

«Por favor, no te cases con Andrea.» El pulso empezó a latirle con fuerza en los oídos. «¡Ah, qué contento parecías de haberla visto!» ¿Debía entrar en el cuarto de baño hecha una furia o salir corriendo de la habitación? La próxima vez que ella y Max se vieran, sería para

intercambiar las alianzas en presencia de trescientas personas, incluida Barbara.

En ese instante, alguien llamó a la puerta de la suite antes de abrir.

—¿Andy? ¿Qué haces aquí? —le preguntó Nina, la organizadora de bodas—. ¡Madre mía, te vas a estropear el vestido! ¿No habíamos quedado en que no teníais que veros antes de la boda? Si no era así, ¿por qué no hemos hecho antes las fotos? —Su cháchara constante e implacable ponía a Andy de los nervios—. Max, ¡no salgas del cuarto de baño! Tu novia está aquí con cara de cervatillo asustado. ¡Oh, espera, quieta ahí un segundo!

Nina se acercó correteando mientras ella trataba de incorporarse y arreglarse el vestido al mismo tiempo.

—Eso es —dijo ayudándola a ponerse en pie mientras le alisaba la cola de sirena—. Y ahora te vienes conmigo. No me gusta la bromita de la novia que desaparece, ¿vale? ¿Qué es esto? —inquirió a continuación, al tiempo que le quitaba la carta de su mano sudorosa y la sostenía en alto.

Andy notó, literalmente, el latido del corazón en el pecho y se preguntó si estaría sufriendo un infarto. Abrió la boca para decir algo, pero de repente le entraron náuseas.

—Ay, me parece que voy a...

Como por arte de magia, o tal vez fuera sólo una cuestión de práctica, Nina hizo aparecer una papelera en el momento preciso y se la puso a Andy tan pegada a la cara que notó el borde de plástico clavado bajo la barbilla.

—Ya, ya —dijo la mujer con una voz nasal y quejumbrosa que, sin embargo, resultaba extrañamente reconfortante—. No eres la primera novia muerta de miedo que me encuentro, ni serás la última. Demos gracias al cielo por que no te hayas salpicado.

Le limpió la boca con una de las camisetas de Max y su olor, una mezcla de jabón y champú al aroma de albahaca y menta —una fragancia que, por lo general, le encantaba— le provocó aún más náuseas.

Entonces llamaron de nuevo a la puerta y entró el célebre fotógrafo St. Germain, acompañado de su guapa y joven asistente.

—Nos han dicho que tenemos que fotografiar a Max mientras se prepara —dijo el hombre, con un acento tan afectado como indeterminado.

Por suerte, ni él ni su asistente se dignaron mirar siquiera a Andy.

—¿Qué está pasando ahí fuera? —preguntó Max, que seguía desterrado en el cuarto de baño.

—¡Quédate donde estás! —le gritó Nina en tono autoritario. Y luego se volvió hacia Andy, que no estaba muy segura de poder recorrer los apenas sesenta metros que la separaban de la suite nupcial—. Tenemos que retocarte esa cara y..., ay, Señor, mira qué pelos...

—Necesito el collar —susurró ella.

—¿El qué?

—El collar de diamantes de Barbara. Espera.

«Piensa, piensa, piensa...» ¿Qué significaba? ¿Qué debía hacer? Andy se obligó a acercarse de nuevo a la horrorosa bolsa, pero por suerte se le adelantó Nina, que dejó el petate sobre la cama. Rebuscó rápidamente en el interior y extrajo una cajita de terciopelo negro en cuyo lateral se podía leer «Cartier» en letras grabadas.

—¿Es esto lo que estabas buscando? Andando entonces.

Ella se dejó arrastrar hacia el pasillo. Nina dio instrucciones a los fotógrafos para que permitieran a Max salir del cuarto de baño y cerró vigorosamente la puerta tras de sí.

Apenas podía creer que Barbara la odiase tanto, hasta el punto de no querer que su hijo se casara con ella. Y no sólo eso, sino que incluso le había elegido otra esposa: Katherine. Más «apropiada», no tan «egoísta». La mujer a la que —al menos según Barbara— Max adoraba. Andy lo sabía todo sobre Katherine: era la heredera de la fortuna de los Von Herzog y, por lo que recordaba después de su incesante búsqueda de información sobre ella en Google, también era una especie de princesa austríaca de segunda fila, a quien sus padres habían enviado a estudiar al exclusivo colegio privado de Connecticut en el que también había estudiado Max. Katherine se había licenciado en

Historia de Europa en Amherst, universidad que la había admitido después de que su abuelo —un noble austriaco que había apoyado a los nazis durante la segunda guerra mundial— realizara un donativo lo bastante generoso como para que le pusieran el nombre de su difunta esposa a una de las residencias universitarias. Max decía que Katherine era demasiado mojigata, demasiado recatada y demasiado correcta en todos los sentidos. Era aburrida, afirmaba. Demasiado convencional, demasiado preocupada por las apariencias. Aun así, no era capaz de justificar por qué habían estado saliendo algunas temporadas durante cinco largos años. Andy siempre había sospechado que había algo más detrás de toda esa historia... y era obvio que no se había equivocado.

La última vez que Max había mencionado a Katherine había sido para decir que pensaba llamarla y contarle que Andy y él estaban prometidos. Pocas semanas más tarde habían recibido un hermoso cuenco de cristal tallado, de Bergdorf, acompañado de una nota en la que Katherine les deseaba una vida llena de felicidad. Emily, cuyo marido, Miles, también era amigo de Katherine, le había asegurado a Andy que no tenía por qué preocuparse, que Katherine era aburrida y estirada y, si bien tenía «una buena delantera», Andy la superaba en muchos otros aspectos. Desde entonces, Andy no le había dado mayor importancia al tema. Todo el mundo tenía un pasado, ¿no? ¿Acaso ella estaba orgullosa de su historia con Christian Collinsworth? ¿Sentía la necesidad de contarle a Max hasta el último detalle de su relación con Alex? Desde luego que no. Pero otra cosa muy distinta era leer una carta de la futura suegra, precisamente el día de la boda, en la que la dama en cuestión le pedía a su hijo que no se casara con Andy, sino con su exnovia. Una exnovia a la que, al parecer, Max se había alegrado *mucho* de ver durante su despedida de soltero en las Bermudas, detalle que casualmente había olvidado mencionar.

Se frotó la frente y trató de pensar. ¿Cuándo habría escrito Barbara aquella carta envenenada? ¿Por qué Max la había escondido? Y ¿qué significaba que hubiera visto a Katherine apenas seis semanas

antes pero no le hubiera dicho ni una sola palabra a Andy, a pesar de haberle contado hasta el último detalle de las partidas de golf que había jugado con sus amigotes, los filetes que se había comido y las horas que se había pasado tumbado al sol? Tenía que haber una explicación, desde luego que tenía que haberla. Pero... ¿cuál?